

7-2004

**Homilia del P. G. Gregory Gay, C.M., para la Eucaristia con el nuevo Consejo General Lecturas: Jeremias 7,1-11; Mateo 13,24-30
Roma, 24.VII.2004**

Follow this and additional works at: <https://via.library.depaul.edu/vincentiana>



Part of the [Catholic Studies Commons](#), [Comparative Methodologies and Theories Commons](#), [History of Christianity Commons](#), [Liturgy and Worship Commons](#), and the [Religious Thought, Theology and Philosophy of Religion Commons](#)

Recommended Citation

(2004) "Homilia del P. G. Gregory Gay, C.M., para la Eucaristia con el nuevo Consejo General Lecturas: Jeremias 7,1-11; Mateo 13,24-30 Roma, 24.VII.2004," *Vincentiana*: Vol. 48: No. 4, Article 56.
Available at: <https://via.library.depaul.edu/vincentiana/vol48/iss4/56>

This Article is brought to you for free and open access by the Vincentian Journals and Publications at Digital Commons@DePaul. It has been accepted for inclusion in Vincentiana by an authorized editor of Digital Commons@DePaul. For more information, please contact digitalservices@depaul.edu.

Homilía del P. G. Gregory Gay, C.M., para la Eucaristía con el nuevo Consejo General

Lecturas: Jeremías 7,1-11; Mateo 13,24-30

Roma, 24.VII.2004

Tengo aún otra confesión que hacer: ésta es la primera homilía que he escrito íntegramente desde que era diácono, hace 25 años. Entiendo que es necesario, pero, como pueden imaginarse, es algo que me restringe.

Tengo dos sencillos puntos y una conclusión para guiar nuestra reflexión sobre la palabra de Dios de hoy.

Dos veces, en la lectura de Jeremías, el Señor promete establecer su morada entre el pueblo, y concretamente dice: “En este lugar”. Una referencia obvia al templo, pero ¿para nosotros...?

San Vicente afirma claramente que Dios habita entre los pobres. “Es entre los pobres”, nos dice, “donde experimentamos la verdadera religión” (cf. SV XII, 171 / ES XI, 462). Entre los pobres llegamos a encontrarnos cara a cara con el Dios que nos ama.

Experimentamos a Dios, nos dice Jeremías, cuando tratamos justamente a nuestro prójimo. Y, en otro lugar de la Escritura, Jesús nos dice claramente quién es nuestro prójimo. Esto se entiende mucho mejor desde un punto de vista colectivo: justicia para los proscritos, marginados y empobrecidos de nuestro mundo.

Experimentamos a Dios cuando “no oprimimos” más al “residente extranjero”. Que todos los que vivimos en el hemisferio norte del planeta tomemos en serio estas palabras que Dios dice por medio de su profeta. La situación de los emigrantes, en todo el mundo, sigue empeorando. Ellos están entre los pobres a quienes estamos llamados a acompañar de manera especial en nuestro tiempo.

Experimentamos a Dios cuando salimos al encuentro del huérfano, de la viuda, de los abandonados, de quienes viven en soledad y de aquellos a quienes se les niega la oportunidad de vivir una vida humana digna.

Experimentamos a Dios cuando no “derramamos más sangre inocente”, sino que luchamos por promover e incluso por exigir la

paz a nuestros líderes políticos, especialmente a quienes buscan atender a sus propios intereses a costa de no respetar la dignidad de los otros.

El evangelio de hoy nos invita a vivir una tal experiencia de Dios en medio del mundo, con todo lo que tiene de bueno y de malo. Necesitamos autoconvencernos de que viviendo diariamente nuestra identidad vicenciana nos sumergimos en un mundo en el que el 80% de su población es pobre.

Puede acecharnos la grave tentación de huir del “mundo real”, de distanciarnos del clamor de los pobres y de vivir cómodamente y, muchas veces, con indiferencia.

Hermanos y hermanas, la palabra de Dios, Jesús encarnado, nos invita a sumergirnos en el mundo. Y para hacerlo bien y no conformarnos con dejar “las cosas tal y como están”, estamos llamados a entregar nuestros corazones a la fuerza de su gracia. El amor de Dios es el que nos capacita para vivir, trabajar y luchar con los empobrecidos.

El amor de Dios nos llama, en primer lugar, a nuestra propia conversión personal y comunitaria, a comprometernos de nuevo, cada día de nuestra vida, a servirle a Él en nuestro servicio a los pobres.

Nuestro servicio sólo puede mantenerse y continuar siendo vigoroso cuando dejamos que la experiencia de Dios en el pobre nos hable al corazón y moldee nuestras vidas, y esto exige que escuchemos, exige que meditemos, contemplemos y oremos, solos y juntos. La buena semilla ha sido sembrada. Veamos cómo cultivarla y hacerla crecer juntos en nuestras vidas.

Como miembros de la gran Familia Vicenciana, fortalecidos y alimentados por el amor de Dios en la Eucaristía que compartimos, seamos valientes y sumerjámonos profundamente en la vida de los pobres de nuestro mundo y hagamos esto con gran amor, sencillez y humildad.